

LOS CAMINANTES DEL DESIERTO  
ZANE GREY



## I

Adán Larey contempló con mirada dura y sorprendida la silenciosa corriente del río de bermejas aguas por el que pensaba dirigirse al desierto.

El río Colorado no inspiraba seguridad ni confianza. Con fuerza silenciosa rebasaba sus bancos de arena como si pretendiera engullirlos; fangoso y espeso, deslizábase con mil revueltas y enorme caudal desde el Estado de Arizona hacia la costa de California. Majestuoso y rutilante bajo el cálido cielo, dejaba las márgenes verdes de álamos y sauces para dirigirse al Sur, hacia la desnuda y abrupta altiplanicie, hacia las rojas rampas del ignorado y tenebroso desierto.

Adán precipitóse hacia la orilla y echó su equipaje en una lancha, volviéndose después con la misma presteza para contemplar la polvorienta ciudad de Ehrenberg, con sus casas de adobe, adormecida ahora bajo el tórrido sol de mediodía. No despertaría de aquella somnolencia hasta el regreso de los cansados cavadores de oro, la llegada de la diligencia o la del vapor. Un indio talludo, de tez morena y cabello desgredado, inmóvil junto a la tapia, contemplábase estúpidamente.

Entonces Adán, abatido, estalló en sollozos que desgarraban su pecho, impidiéndole hablar con coherencia.

-¡Guerd... ya no es... mi hermano! -exclamó balbuciente, con un dejo de humillación y de amor traicionado en la voz.

-¡Y... y ella... nunca más... nunca más pensaré en ella!

Y haciendo un esfuerzo para dominar su turbación, dirigióse de nuevo a la lancha. Adán Larey aparentaba ser un muchacho de unos dieciocho años; su rostro era moreno, limpio y de bellas líneas; su estatura alta, erguida; sus hombros, anchos.

Al desamarrar la lancha le invadió una singular emoción; el aspecto del río le fascinaba. Si antes fue la bebida lo que le impulsó a la temeraria hazaña, ahora una extraña atracción parecía exaltar en él el deseo de aventurarse en las regiones selváticas. Pero aún había más. No quería volverse a ver dominado por su hermano Guerd, que, egoísta, se lo había quitado todo sin darle nunca nada. Guerd lamentaría acaso su marcha. Al pensar en esta posibilidad, Adán sintió remordimiento. La costumbre de dejarse influir durante largos años y la fuerza del cariño concebido en la infancia, le hicieron vacilar. Mas, a poco, surgió de nuevo l'ola del' resentimiento. Ante sí tenía el río Colorado deslizándose hacia el Sudoeste, el camino para entrar en los ilimitados espacios de las regiones desiertas, con sus misterios, sus aventuras, sus yacimientos de oro y, sobre todo, su tentadora libertad.

-¡Me iré! -exclamó apasionadamente y, de un empujón, puso la lancha a flote para saltar dentro al mismo tiempo.

La embarcación movióse con lentitud hasta penetrar en la corriente, donde, como cogida por una fuerza invisible, empezó a deslizarse río abajo. Adán tuvo la sensación de que la irresistible corriente de aquel misteriosa río se apoderaba de su corazón. No era posible retroceder en aquel camino, no había brazo humano ni remo con suficiente fuerza para vencer su resistencia. ¡Fue una amarga revelación! ¡Con cuánta rapidez desapareció la ciudad de adobe y el sombrío piel roja junto a la tapia! Dejaba atrás la, ciudad de Ehrenberg, un hermano que era su único pariente y un amor que fue una decepción.

-He acabada para siempre con Guerd -murmuró el joven, volviendo hacia el poblados sus ojos secos y duros-. Culpa suya fue. Madre me lo advirtió... ¡Ah, si ella viviese aún tendría yo hogar!... No estaría aquí, en el bochorno de estas tierras áridas y estériles... entre hombres que más bien parecen lobos y... mujeres que...

No acabó el pensamiento; sacó de su equipaje un frasco que brilló al sol y, blandiéndolo con aire de desafío hacia la última cabaña de Ehrenberg, bebió su contenido. Luego tiró el frasco con violento ademán de repugnancia. No le gustaba la bebida fuerte. La botella produjo un ruido sordo sobre el agua y se hundió. Adán cogió los remos y empezó a remar río abajo vigorosamente.

Durante su amargo soliloquio, el muchacho recordó el pasado... la vieja e inolvidable casa en el Este, la triste cara de su madre, que le había amado como nunca amó a su hermano Guerd... La muerte del padre, acaecida siendo aún Adán muy niño, estaba rodeada de impenetrable misterio. Guando murió la madre, dejó toda su fortuna a Adán, pero éste la repartió con Guerd.

Aquel linera fue el principio de la mala vida. Despertó los sentimientos perversos en Guerd, que se gastó alegremente la parte que Adán le cediera, convirtiéndose en baldón de la familia. Importunó a su hermano con sus insistentes ruegos de que dejara los 'estudios y se fuese en busca de aventuras embarcándose con él para doblar el cabo Cuernos e ir a California y a los yacimientos de oro.

El anhelo de estar al lado del hermano querido y la sed innata de aventuras hizo que Adán cediera. Impuso, sin embargo, una condición: la de ir por tierra hacia California, cruzando el continente. En varios puntos del camino Guerd se juntó con malas compañías, entre las cuales parecía hallarse muy a gusto. En Tucson empezó la fácil e incierta vida del jugador, arrastrando también a su hermano. En Ehrenberg, Guerd descubrió que podía vivir a sus anchas en la agitada vida nocturna de la ciudad minera, alejada de la civilización, donde encontró fácilmente amigos de su ralea y la gloria de unos ojos negros que primero sonrieron a Adán.

El fuerte sol de aquel mes de junio caía a plomo sobre el desierto de Colorado y el caudal de sus rojas aguas. El muchacho remaba, con todas sus fuerzas para huir con la mayor velocidad, pero el aguardiente que había bebido y el intenso calor le rindieron pronto; un poca ebrio y exhausto, se dejó caer en el fondo de la lancha, que avanzaba ahora a merced de la corriente.

Era el Colorado el más extraño de los ríos. Muchos habían sido sus nombres, mas ninguno tan adecuado y duradero como el que indicaba su color, que no era ni encarnada ni escarlata, ni tenía determinada sombra de rojo, aunque rajo era su matiz. ¡Parecía sangre de la que hubiese huido la vida! Con sus fuentes en las enormes alturas, alimentado por las nieves, los ventisqueros y los innumerables riachuelos y lagunas, el Colorado lanzábase impetuoso por entre las paredes de los tenebrosos cañones y, luego, desbravado, liso, mas siempre tremendo e insaciable, avanzaba por el desierto con su carga de arena y aluvión. Era silencioso; parecía deslizarse mansamente, pero seguía siendo aterrador.

La lancha que conducía a Adán Larey semejaba una nave sin gobierno en las corrientes oceánicas. Daba vuelta tras vuelta, como si cada metro de superficie formase un remolino, yendo a parar tan pronto a una como a otra orilla. Las tórridas horas de la tarde transcurrían lentamente. El sol era una llama viva en un cielo sin nubes. Bandadas de grullas y de alcaravanes volaban sobre las verdes praderas de la tierra baja, y los buharros del desierto bajaban del cielo rojizo. La lancha seguía a la deriva. Antes de que anocheciese, entró en un remanso y se detuvo por fin en la espesura de las ramas de sauces que pendían sobre el agua.

El muchacho se despertó al alba, sereno ya, pero dolorido y sediento. La rosada faja del horizonte Este anuncióle la llegada de un nuevo día, emocionándole, a pesar de encontrarse mal. Bañóse el febril rostro en las arenosas aguas y bebió también para calmar la sed. Después abrió el equipaje para sacarla comida que había tenido el buen acuerdo de llevarse.

Cuando se hubo desayunado, cogió los remos y guió la lancha hacia el centro del río. Estaba decidido a remar hasta que el calor del sol fuese demasiado fuerte, para descansar

entonces en algún lugar sombrío de la orilla. Poco a poco el ejercicio y la fresca brisa de la mañana, aromada con los mil perfumes de las flores de la tierra baja, iban atenuando los efectos del alcohol y, con ellos, el malestar. Contempló el ancho río con nuevos ánimos, sintiendo ensancharse su corazón de un modo singular y aprestándose a saborear aquella selvaticidad y la maravilla de la libertad tal como la había soñado siempre.

Salió el sol y Adán sintió en el rostro y en las manos su cálido contacto. El muchacho empezó a sudar y esta reacción le devolvió el bienestar físico. De cuando en cuando veía garzas y otras aves zancudas de color gris, que desconocía. El hechizo del río o del desierto cerníase sobre ellas, silenciosas en la extraña quietud de la región. El silencio cubríaslo todo, el agua, los sauces, la tierra y las aves, cual inmensa sábana invisible.

-¡Es el silencio del desierto! -se dijo asombrado.

Al levantar los remos no se oía realmente ruido alguno.

Y este hecho le sobrecogió por su significación, produciéndole, no obstante, una repentina alegría, inusitada en él. La suave brisa llevábale con su cálido aliento el aroma de las inundadas tierras bajas. El sol, aunque calentaba, le hizo bien, pues el joven amaba el sol tanto como odiaba el frío.

-Tal vez el que Guerd haya insistido en que vengamos al Oeste será para mi bien - soliloquió, resurgiendo en él el optimismo de la juventud-. Como dicen los mejicanos: ¿Quién sabe?

Llevó la lancha a la orilla y la empujó sobre la arena, para comer y descansar a la sombra de los arbustos que crecían allí. Después de comer se echó a dormir, pero cayó en profundas meditaciones. ¡Su hermano Guerd! Recordó los días de su infancia y sintió muy profunda la herida en su corazón. Aquella unión tan bella y fraternal estaba rota parca siempre. La pérdida era irreparable. Adán sabía que cada hora le separaba más del hermano falso. Hundió el rostro en la hierba y, en la soledad del desierto, se asomó al abismo de su alma.

-Quiera luchar... quiero olvidar -murmuró.

A poco pensó en el futuro. ¿Dónde ir? Río abajo había dos lugares, Picacho, un campamento de minas de oro, y Yuma, pequeña ciudad! comercial de la frontera, y acerca de los dos había oído extraños y emocionantes relatos. En aquel momento invadióle el deseo de correr aventuras y la tristeza por la desaparición de su anhelo de llevar una vida útil y próspera. Al fin se durmió.

Al despertar, notó que estaba sudando y que el calor era grande. La altura del sol, que caía oblicuamente sobre los arbustos abajo los cuales se cobijaba, dióle a entender que había dormido muchas horas. Cuando se incorporó advirtió un débil ruido en los cercanos sauces. Aquellos animales invisibles despertaron en el joven interés y precaución. Atravesando las áridas comarcas del Estado de Arizona había oído hablar de indios malos, de hombres blancos criminales y de las fieras y reptiles del desierto. La probable proximidad del peligro le fortaleció para los inevitables encuentros que había de tener en aquellas regiones inhóspitas.

Salió del sombreado cobijo para ver el río y el valle, abrumado de una inmensa, soledad, distinto en cierto modo tras las breves horas; de reflexión y de sueño. El río parecía más rojo, las montañas estaban veladas de un vaho bermejo, y el cielo y la tierra, bañados en la luz del sol poniente.

El joven se dirigió al río, botó la lancha subiendo a ella de un salto y se puso a remar. Los fuertes golpes de remo, ayudados por la corriente, dieron a la embarcación una gran velocidad. Poco a poco iba desapareciendo el color sonrosado del cielo, las nubes tornáronse grises, y el azul del firmamento aumentó en intensidad y surgió una estrella pálida. Tras el crepúsculo vino la noche con su aire fresco y el muchacho remó con redobladas fuerzas. Una tras otra, primero, y luego rápidamente, iban desapareciendo las estrellas. Adán sintió la

emoción del viaje nocturno; barruntaba que en alguna parte le aguardaba algún peligro. Por la noche el río parecía más vasto, más veloz, más sombrío, reinando en torno un silencio sepulcral. La quietud era tan enorme que Adán se impresionó creyendo que no era natural.

Al intensificarse la claridad estelar, destacábase la quebrada en la montaña, donde el río dejaba la llanura y cambiaba de carácter. Las orillas dejaban de ser bancos de arena de suave pendiente, la margen era cada vez más alta, y tras ella surgían las montañas. Adán se volvía de vez en cuando y, apoyándose sobre los remos inactivos, dejaba la lancha a la deriva para escuchar. En aquellos momentos de inactividad sintió escalofríos era imposible no sentir miedo, mas a pesar del temor a los peligros incógnitos estaba emocionado. En la clara oscuridad de la noche podía ver a varios metros de distancia, pero el peligro que le obsesionaba parecía más bien hallarse en las alejadas sombras, tras los recodos del río. ¡Cuán siniestramente, silencioso, cuán incomprendible era todo aquello! El hallarse solo sobre un río como aquél, tan vasto, tan extraño, bajo la grandiosa, bóveda celeste cuajada de estrellas, le dio una lección incalculable en sus efectos.

Llegó la hora en que un algo invisible pasó como blanca sombra por el firmamento, apagando el brillo de las estrellas y rebajando la intensidad del azul. La límpida pureza del cielo sufrió un cambio y se oscureció rápidamente. Adán saludó con alegría el débil y creciente claror que apareció en el horizonte. Las pálidas estrellas desvaneciéronse. Las montañas destacaban más altas y más claras sus siluetas y a lo largo de la pronunciada línea surgió un débil color rosa, heraldo del astro rey. Aumentó el color en intensidad, difundiéndose al tornarse la grisácea luz del alba rosada y amarilla. Las sombras levantáronse de la cuenca del río y nuevamente fue el día.

-¡Siempre pasé durmiendo esta gran hora! -exclamó el muchacho, que sentíase animado como nunca. Dejó ir la lancha otra vez a la deriva, mientras se desayunaba sin prisa. Al cabo de un rato advirtió en el Sudoeste una columna de humo y, habiendo descansado, lleno de nuevo valor, volvió a manejar los remos con fuerza para llegar rápidamente al campamento.

-¡Picacho! -exclamó, recordando lo que había oído contar acerca de sus minas de oro-. ¿Qué haré?... Trabajaré, sea en lo que fuere.

Llevaba Adán en el cinturón muy bien escondida una suma considerable de dinero, el resto de la fortuna que le dejara su madre, y deseaba hacerla durar el mayor tiempo posible.

No tardó en alcanzar el embarcadero, junto al cual, hundido en el fango, había un vaporcito de ruedas tal como Adán los había visto en el río Ohio. En la proa estaba sentado un hombre viejo con luengas barbas grises y rostro curtido y lleno de arrugas. Estaba pescando con caña. El banco de arena de la orilla subía gradualmente hacia la linde del profundo verdor, en cuyo centro parecía haber un pradecillo. En él veíase una grácil muchacha mejicana, vestida de negro con una rosa roja en el pecho.

Adán llevó la lancha a tierra, cogió su equipaje y se dirigió hacia el pescador de caña, al que saludó cortésmente preguntándole si aquel lugar era Picacho.

-Buenos días -fue la respuesta-. Sí, éste es el campamento de minas de oro; actualmente parece una colmena por la animación.

-Qué, ¿se pesca algo? -preguntó el joven, mostrando interés.

-Sí, cogí uno anteayer -repuso el anciano, complacido.

-¿De qué clase? -continuó Adán.

-¡Que me aspen si la sé, pero era bueno de comer! -contestó el pescador de caña, riendo-. ¿De dónde viene usted?

-Del Este.

-Así lo he presumido. Ninguno del Oeste se atrevería a navegar en el Colorado en tiempo de avenidas como ahora. Supongo que llegaría usted al río en Ehrenberg. Bueno, pues ha tenido usted suerte. ¿Viene a buscar oro?

-No. Preferiría trabajar. ¿Encontraré algo aquí?

-Hijo mío, si es usted tan recto como parece, puede obtener un buen empleo. Pero un muchacho tan fuerte podría hacerse rico en las minas de oro, con tal de no beber.

-¿Hay sitio aquí para comer y dormir?

-En el mismo campamento, dos millas cañón arriba, no es fácil hallar acomodo. Pero aquí hay una familia mejicana con la que vivía un forastero que acaba de morir y lo han enterrado hoy. Podría usted ocupar su cuarto. Es una casa de adobe, la primera que se encuentra. Pregúnteselo a Margarita, que está allí; ella le informará.

Adán se dirigió hacia la muchacha y, cuando llegó a su lado, echó al suelo su equipaje.

-Buenos días, señor. -La suave y clara voz de la mejicana armonizaba con su cara morena llena de picardía, enmarcada por un pelo tan negro como el azabache e iluminada por dos ojos grandes y negros como la noche.

Adán no hablaba español con la fluidez de los mejicanos, pero se hacía entender. Corresponió al saludo de la joven, pero vaciló en preguntar lo que deseaba. Sintióse un poco aturdido ante aquellos ojazos negros, pues le recordaban otros que deseaba olvidar. Sin embargo, experimentó un estremecimiento de placer ante el bello rostro de la niña, que le sonreía. Las mujeres sonreían siempre a Adán. Margarita, muchacha de unos diecisiete años, hacía lo con los ojos entornados, que resultaban más provocativos aún, volviéndose un poco de lado con gracioso movimiento. La vacilación de Adán fue consecuencia de su repentina emoción ante la proximidad de algo muy femenino y atrayente... de algo que antes le había causado una herida. Pero la emoción pasó pronto. Acababa de cruzar osadamente el umbral de una vida nueva y libre.

## II

Ala pregunta del joven contestó Margarita con un tímido Sí, señor y la misma sutil sonrisa que tanto le emocionara. Después, Adán cogió su equipaje y la siguió.

La muchacha le condujo por un sendero que corría entre sauces y mezquites y que desembocaba en una plaza en la que había varias casas de adobe..

Margarita se detuvo en la primera y llamó a su madre. Ésta parecía muy indolente, descuidando sobre todo su indumentaria. Saludó a Adán en inglés, mas cuando el joven empezó trabajosamente a practicar con ella sus conocimientos de español, su rostro iluminóse con una sonrisa tan franca que la hacía muy simpática. El cuartito al que llevó a Adán era oscuro, poco ventilado, sin la menor condición higiénica. Adán así lo dijo. La mujer protestó con elocuencia, Margarita expresó su decepción con una rápida mirada. Entonces le llevaron afuera, hacia un grupo de mezquites de ramas bajas, entre los que había una casita de adobe que sólo constaba de dos habitaciones, una llena de trastos viejos y madera, y la otra, vacía, con una galería que daba sobre el río. El suelo era de arena blanquísima, y Adán aceptó sin vacilar el precio exigido por ella, con satisfacción de la señora y alegría de Margarita. Adán miraba a ésta con cierta desconfianza, aunque en el fondo se sentía halagado por la simpatía que parecía inspirar a la hermosa muchacha. Era Adán un extraño en país extraño, con el corazón dolorido y ávido de afecto. Mientras abría su equipaje y sacaba el contenido las dos mujeres trajeron un banco largo y bajo, un cubo con agua y una palangana, todo el mobiliario de la habitación. Le dijeron que comería en familia y que lo cuidarían muy bien. Al marcharse, el pelo de Margarita se enganchó de una de las ramas bajas de los mezquites; el joven la alcanzó de un salto y la ayudó a soltarse. Margarita corrió después tras de su madre.

-¡Qué ojos! -exclamó Adán. De pronto recordó a su hermano Guerd y dijo:

- Me alegro de que no esté aquí.

Margarita fue causa de este pensamiento. Guerd era un endiablado tenorio, irresistible para las mujeres. Adán se dedicó de nuevo a su tarea, apagado un poco su primer entusiasmo.

Colgó su escasa indumentaria en la pared, hizo su lecho de mantas sobre la suave y blanca arena y luego inspeccionó su nuevo hogar con singular placer.

Después salió, encontrando al viejo pescador de caña sentado en el mismo sitio. El joven subió a bordo y acercóse a él.

¿Qué? ¿Ha picado alguno? -preguntó.

-Creo haber notado algo ahora mismo -repuso el pescador.

Era éste un hombre de unos cincuenta años, delgado, casi seco, de rostro atezado y lleno de arrugas y barba gris.

-¿Quiere fumar? -dijo Adán, ofreciéndole uno de sus cigarros puros.

-¡Válgame Dios! -exclamó el viejo con ojos brillantes-. ¡Hace un siglo que no he fumado, un puro!... joven, es usted muy simpático. ¿Cómo se llama?

Adán le dijo su nombre y le contó que venía del Este y que había sido hasta entonces un novato.

Yo me llamo Merryvale -repuso el otro-. Vine aquí, al Oeste, hace cosa de veintiocho años, cuando tenía más o menos las suyos. Usted tendrá unos veinte, ¿verdad?'

-No. Sólo tengo dieciocho... Entonces habrá usted conocido aquellos tiempos del cuarenta y nueve...

-Sí, aunque vine unos años más tarde, aún vi la locura del oro.

-Y... ¿ha descubierto usted alguna mina de oro? -preguntó Adán ávidamente.

-Hijo mío, he sido buscador de oro durante veinte años. He hecho y he perdido más de una fortuna. ¡La bebida, el juego y las mujeres se lo llevaron todo!... Y ahora soy un pobre viejo que sólo sirve para vigilante nocturno en un lugar como Picacho.

-¡Cuánto lo siento! -dijo Adán con sinceridad-. Apuesto a que ha visto usted grandes cosas de aquel tiempo maravilloso. ¿Quiere contarme algo? Estoy un poco desconcertado acerca de todo lo que se relaciona con los buscadores de oro.

Merryvale asintió con simpatía. Estudió después a Adán con ojos penetrantes y astutos, a pesar de toda su bondad. Entonces el joven le contó con franqueza el porqué de su venida al Oeste y sus planes. Merryvale escuchó atentamente, moviendo de vez en cuando la cabeza.

-Hijo mío, me disgusta ver venir jóvenes como usted a estos campamentos, de minas -dijo después.

-¿Por qué? Yo sé valerme por mí mismo y me gustan las tareas que exigen toda la virilidad de un hombre. Llegaré a encariñarme con estas regiones desiertas.

-Bien, hijo mío, no debería desanimarle -contestó Merryvale-. Y tampoco está bien que crea que porque yo me perdí y porque he visto tantos jóvenes perderse, le va a pasar a usted' lo mismo... pero el caso es que si estos campamentos mineros son lugares tremendos para los hombres avezadas, ¿qué no serán para un joven inexperto como usted?

Y a continuación empezó a hablar como un hombre cuyos recuerdos son todo un tesoro de historia y de aventuras. El año 1864 se descubrió el oro en Picacho, y en 1872 se erigió la fábrica cerca del río, trayéndose el mineral de oro de las minas, varias millas cañón arriba, por medio del ferrocarril de vía estrecha. La maquinaria y todo lo necesario para tan importante empresa, junto con todas las provisiones, procedían de San Francisco de California, desde donde los vapores, dando la vuelta por la península, entraban en el golfo de California. En la desembocadura del Colorado, vapores más pequeños hacíanse cargo de las mercancías y las llevaban a Picacho, a Yuma y hasta a Ehrenberg. En caravana de carromatos, proseguían después al interior. En aquella época, 1878, la mina de Picacho daba

buen rendimiento y trabajaban en ella unos quinientos o seiscientos hombres. El campamento estaba siempre lleno de aventureros, jugadores y algunas mujeres malas cuya capacidad para crear disturbios estaba en razón inversa de su número.

-Aquí abajo, en el embarcadero y en la fábrica, suele haber siempre tranquilidad -continuó Merryvale -. No hay muchos hombres, y los salones de juego están todos en el campamento, en donde se reúne la gente todas las noches. Como éste de aquí, conozco todos los campamentos de minas de oro de California, y nunca he visto que el oro extraído beneficie a ningún minero... De modo que, hijo mío, permítame aconsejarle que beba poco, juegue menos y se mantenga alejado de las mujeres.

-Merryvale -repuso Adán-, creo que soy más novato aún de lo que aparento. Seguramente no me creará si le digo que no he bebido hasta que hace pocos meses me encaminé al Oeste. No me sienta bien, me mareo con facilidad.

-Hijo mío, es usted un joven fuerte, de buen aspecto, y ninguna mujer dejará de mirarle -observó Merryvale-. En este país, las mujeres son causa de la mayor parte de los sinsabores. Por más que, bien mirado, en todas partes pasa la mismo. Pero aquí, donde los hombres son fuertes y fieros y hay pocas mujeres, la lucha se encona y corre muchas, veces la sangre.

-En mis tribulaciones, poco tienen que ver las mujeres -repuso Adán-. Recientemente tuve un asunto un tanto serio, pero... lo corté antes de que llegara la cosa más adelante.

-¡Válgame Dios! Será usted un cordero entre lobos, Adán -exclamó Merryvale-. Voy a decirle cómo andan las cosas aquí para los hombres nobles y honradas, aunque sea una vergüenza tener que confesarlo. Todo hombre que quiere prosperar en el Oeste, y mucho más en el desierto, tiene que adaptarse a las normas que rigen aquí. Ha de trabajar, ha de resistirlo todo, tiene que luchar con los hombres y saber tratar a las mujeres por lo que aquí son. No diré que sean normas muy recomendables, pero, siguiéndolas, los hombres han logrado sobrevivir en un país duro en tiempos difíciles.

-La supervivencia del más apto -murmuró el joven.

-Usted lo ha dicho hijo mío. Ésa es la ley del desierto, para los humanos y para todo. Nunca se sabe lo que puede dar de sí un hambre hasta que se le pone a prueba. Entre mil, sólo uno puede resistir esta vida. Eso depende, en primer lugar, de su inteligencia, y en segundo, de su fortaleza física. Pero volviendo a Picacho, no temería par usted si supiese afrontarla como es debido.

-¿Cómo?

-¡Ojalá pudiera decirlo exactamente, hijo mío! -repuso Merryvale con gran seriedad-. ¿No podría usted volverse antes de seguir adelante?

-No. Aquí continuaré, a pesar de todo. Allá, en mi casa, he tenido mis esperanzas, mis sueños, pero aquello acabó para siempre. No tengo más pariente que mi hermano, con el que no... congenio. No era mi deseo venir al Oeste; pero una vez aquí, me parece ser como un pájaro a quien han abierto la jaula. Este grande y terrible desierto será mi salvación... o me perderá.

-Bien, bien, hijo mío, tiene usted carácter -observó el viejo-. En otro tiempo acaso mis consejos podrían ser sospechosos, pero ahora que soy ya viejo, puede usted confiar en mí. -Hizo una pausa respirando hondo, como si lo que fuera a decir expresase en cierto modo la fe en sí mismo y su buena voluntad hacia un extraño-: Sea usted un hombre como corresponde a su cuerpo. No huya del trabajo, ni de la diversión, ni de la lucha. Coma, beba y diviértase, pero no viva sólo para eso. Ayude a los demás, sea generoso con el oro que gane. Ponga a un lado la tercera parte de sus ganancias para jugar y procure perderlo. No se emborrache nunca. No le será posible alejarse de las mujeres, malas o buenas, y el único procedimiento con ellas es ser noble, bondadoso y justo.

-Noble... bondadoso..., justo -musitó Adán.



-Eso es. Y ahora que me acuerdo... necesito cordón nuevo para mi caña de pescar -dijo Merryvale levantándose-. Iremos juntas al almacén y después le llevaré a la fábrica.

Al pasar por la casita de adobe donde había tomado alojamiento, Adán preguntó a su compañero el nombre de la familia.

-Arellano... Juan Arellano vive ahí -repuso Merryvale-. El mejor de los mejicanos que he conocido. Es el capataz de los mejicanos empleados en la fábrica. Su mujer es buena también..., pero esa loca de Margarita.

Merryvale movió su cana cabeza, pero no terminó la frase. La insinuación despertó la curiosidad de Adán. Poco después Merryvale llamó su atención sobre un grupo de cabañas y casuchas y una casa de piedra que sobresalía de entre las demás. En los lugares sombreados jugueteaban chiquillos rubios y morenos en la arena. Hombres ociosos formaban grupos junta a la casa de piedra, que era el almacén. Al entrar en él sorprendió a Adán verlo tan bien surtido de toda clase de mercancías, hasta que recordó lo que Merryvale le había contado sobre los transportes desde San Francisco. Más tarde, su compañero le llevó al enorme edificio de piedra y hierro que el joven había visto desde el río. Al aproximarse advirtió el ruido del escape de vapor, el estruendo de la pesada maquinaria y un sonido que debía de ser el del movimiento y el crujido del mineral, mezclado con el del agua.

Merryvale encontró pronto al encargado, un hombre de mediana estatura, de anchos hombros, rostro sin afeitar y ojos duros. Llevaba una camisa de franela roja, mojada de sudor; un revólver al cinto, pantalones de cuero que escondíanse en botas altas hasta la rodilla. Era todo un rudo minero.

-Mac, chóquela con este joven amigo mío -dijo Merryvale-. Está buscando empleo.

Bien venido -replicó el otro alargando la manaza y examinando rápidamente al forastero-. ¿Sabe usted de cuentas?

-Sí -contestó Adán-, pero yo quiero, trabajar.

-Muy bien. Me ayudará en la oficina y, además, le daré trabajo afuera. Venga mañana... - y después de pronunciar tan sencilla promesa, se alejó apresuradamente.

-Este Mac no se toma ni tiempo para comer - explicó Merryvale.

A Adán le dio risa lo ocurrido. Había sido recomendado por un hombre que no le conocía a otro cuyo nombre ignoraba, el cual tampoco le había preguntado el suyo, y ni siquiera se había hablado de sueldo. Le gustó aquella sencillez. Allí el hombre era lo que aparentaba.

Merryvale se marchó también a sus asuntos dejando a Adán solo, contemplando el maravilloso panorama que el río Colorado ofrecía desde aquella elevación. Mas, de pronto, al recordar a Margarita se disgustó, no porque le molestara que la hermosa joven se hubiese fijado en él, sino porque sentía vagamente que no le convenía una emoción profunda si deseaba prepararse para la vida agreste de aquel desierto.

-Lo que una pasa es que, como estoy ocioso, pienso demasiado -se dijo.

El joven anhelaba la acción; necesitaba trabajar, cazar, explorar, hasta cavar parra hallar oro, si fuese preciso, todo lo que implicase frecuente mutación de escenario y actividad muscular... Estas cosas que tanto necesitaba su cuerpo, pedíase las ahora también el alma.

### III

El capataz Arellano causó excelente impresión en Adán y se sintió atraído hacia él por una gran simpatía. Después de cenar, Arellano le invitó a ir al campamento y al oírlo Margarita expresó su deseo de que la llevaran a ella. Arellano se echó a reír, y habló con tal locuacidad

que el joven no pudo entenderle. Comprendió, sin embargo,; que un tren minero vacío iba a salir para el campamento y que no regresaría hasta la mañana siguiente. También advirtió que la muchacha no se avenía con Arellano, el cual sólo era su padrastro. Parecían estar a punto de reñir, mas la madre intervino con su voz suave y simpática, y el hombre se aplacó como por encanto, aunque la muchacha seguía furiosa. ¡Con qué rapidez habían palidecido! En sus ojos negros ardía una peligrosa llama. Cuando dirigió la mirada a Adán sufrió éste una emoción nueva.

-Y el gracioso señor, ¿no querrá llevar a Margarita al baile? - tradujo Adán las miradas y elocuentes palabras de la joven.

Él comprendió que, con su azoramiento y vacilación, estaba haciendo un mal papel ante Margarita. Vio la rara belleza de sus grandes ojos negros y luminosos, ni velados ni tímidos ahora, sino muy abiertos, osados, fulgurantes, como si el asunto fuera de gran importancia para ella. Arellano, puso la mano en el brazo de Adán.

-No, señor -dijo-. Otro día llevará usted a Margarita.

-Con... con mucho gusto - balbuceó Adán.

Los labios bermejos de la joven frunciéronse en un rictus de despecho y, con una mirada maravillosa de fuego y pasión, se marchó.

Arellano llevó a Adán hacia la calle, sin soltarle.

-Muchacho -dijo hablando en inglés-, esa chica... no es de mi sangre. Es una gata montesa..., mucha sangre india... siempre hecha una pólvora.

Nunca como en aquellos últimos momentos se dio cuenta Adán de su excesiva juventud. La sola posibilidad de que él pudiera ir al baile con una mujer como Margarita le dejó sin aliento.

-Es usted muy alto, pero joven... como un potro -continuó el mejicano-. Es usted «tierno de pies»<sup>1</sup>, como dicen los jugadores..., pero, seguramente, pronto los tendrá callosos en Picacho.

-Bien, amigo Arellano, deseo que eso suceda cuanto antes, porque buena falta me está haciendo - declaró Adán, hallando cierto alivio en su afirmación.

Subieron al terraplén donde estaba el tren minero, en el que había ya obreros en todos los vagones. Tras breve espera, que le pareció a Adán eterna, el tren se puso en marcha. El cañón por donde corría la vía era muy tortuoso. El joven vio bastantes túneles perforando- la roca bermeja, y a lo largo de la roía, aquí y allá, agujeros en las paredes. Arellano le explicó que se trataba de trabajos de los buscadores de oro. Al cabo de cinco millas, el tren se detuvo y los obreros empezaron a gritar alegremente.

El! mejicano llevó a su joven amigo por un sendero largo, estrecho y muy pino, y los demás siguieron en fila india. Cuando llegaron otra vez a un lugar llano, Arellano gritó

-¡Picacho!

Seguramente no se refería a la altiplanicie, con sus míseras chozas y cabañas y los bajos edificios de adobes, sino a la montaña que dominaba la llanura y que por sus altos picos, llevaba el nombre de Picacho.

Adán dirigió la mirada al Oeste, a la puesta del sol. La montaña, destacándose de un modo soberbio sobre las colinas y lomas que la circundaban, formaba una masa oscura enmarcada por la aureola de la luz solar. Desde la alta cumbre, de fragoso aspecto, salía un haz de áureos rayos a través de una quebrada en la cima. Con el sol oculto, excepto por aquella abertura, había, sin embargo, un maravilloso efecto de puesta de sol. Un vaho bermejo con matices azules llenaba los cañones y el espacio. El Picacho aparecía grandioso en aquel: aspecto,

---

<sup>1</sup> Novato

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

